

LA IMPOSIBILIDAD DE LA CEGUERA

Prof. Néstor Amílcar Cipriano



El mundo de Borges está más allá de sí mismo. Su imaginación creadora lo llevó a forjar su realidad al lado de la realidad. Para que se configure la percepción, es indispensable la presencia física del objeto. La imaginación, en cambio, es la presencia mental del objeto ausente. Borges impulsó su imaginación creadora y formó la presencia de los objetos ausentes. Tanto es así que la visión perdida de las cosas reales no le impidió que las representara. Y –lo que es más curioso– las enriqueciera. (Recuérdese, entre tantas composiciones suyas, el soneto *Las cosas*, del libro *Elogio de la sombra*, de 1969). Y ello no fue solamente una aportación de la memoria. El mundo de las tinieblas le presentó otro mundo. Nuevo, aunque sospechado.

Mundo imaginado

Es posible que llegue un momento en que la imaginación pueda formar –y forma– su mundo. Borges vivió su imaginación. En una etapa de su vida, le puso límites para poder extenderla. Y quedarse con ella, casi sin necesidad de sus ojos físicos. Sin desconocer, por supuesto, la vida toda. Veía tanto cuanto imaginaba. Estaba delante de las posibilidades de su visión. Así, explicó: *Mi destino es el de conjeturar*. (Borges y Ferrari, *Libro de los diálogos*).

Stenkel distingue dos clases de ceguera: la que está ávida de conocer el mundo exterior (la más frecuente) y la que se conforma con ampliar el mundo imaginativo.

Jenkins habla del ciego autónomo. Es decir, de aquella persona impedida de ver físicamente que recuerda los objetos del mundo que anteriormente contempló o que imagina los que nunca vio. En sus tinieblas hay formas definidas para

alojar conceptos. En Borges, la palabra se erigió por sí misma en la gran visión.

Presentimientos

Se advierte que, en la producción de Borges, se presiente la ceguera. Veamos algunos pasajes que guardan relación con ese tema.

En *Luna de enfrente*, de 1925 (poema *Casi juicio final*), Borges reflexiona: *La noche es una fiesta/ larga y sola*.

Antes de sentar sus reales en el castellano, la palabra “fiesta” se relacionaba con “feria” (que era momento de celebración). Resalta, en los versos citados, la antinomia entre fiesta y soledad para indicar que la celebración es posible en un total alejamiento. Así, presenta la noche con la amplitud de sus proyecciones. Tal vez, piensa que la distancia se agiganta y se torna más significativa en las tinieblas.

En el libro *Fervor de Buenos Aires*, de 1923, en *Atardeceres*, Borges dice con relación a la esencia de las tinieblas: *La oscuridad es la sangre/ de las cosas heridas*.

Las cosas heridas derraman oscuridad. Pero, en este caso, las cosas heridas no son las quebrantadas sino las detenidas en una singular pausa para continuar en el transcurso de sus significados. No hay finales para la oscuridad.

En el *Poema de los dones* (*El hacedor*, 1960), expresa Borges: *Nadie rebaje a lágrima o reproche/ esta declaración de la maestría/ de Dios, que con magnífica ironía/ me dio a la vez los libros y la noche*.

Espacio irónico

Esa *magnífica ironía* también significaba la continuidad plena, sin deterioro, de la vida interior.

Repite el concepto de noche sin indicar cerramiento. En *Descartes (La cifra, 1981)*, reflexiona: *He percibido la luna y siento mis ojos que perciben la luna.*

La noche, la soledad, las tinieblas, fueron —entre otros— temas frecuentes en la producción de Borges. Incluso antes de su ceguera física. Después de ella hubo una acentuación argumental.

Solía repetir Borges: *La ceguera es un modo de vida.* Le dio un gran contenido a su ceguera física. ¿O la declaró imposible? Se enfrentaron su ceguera y su imaginación. La falta de visión material fue vencida. Y se venció con la palabra. Por ello, dice: *Las palabras son símbolos que postulan una memoria compartida.* (*There are more things, El libro de arena, 1975*). *Nunca viví en un mundo visual,* aseguró (reportaje de María Ester Gilio, revista *Crisis*, mayo de 1974). También dijo: *Empecé a quedarme ciego cuando empecé a ver* (entrevista realizada por José Luis Álvarez Fermosel, revista *Pájaro de fuego*, febrero de 1980).

Ojos, espejos

Los ojos de Borges —como los de Homero, de Milton, los de Prescott, los de Groussac—, estaban en tinieblas solamente físicas. Porque la propia oscuridad era una convocatoria para meditar, crear, decir. Las facultades imaginativas del autor de *El Aleph* fueron sus nuevos ojos. Pudo afirmar: *Mi creciente ceguera ha colaborado* (Victoria Ocampo, *Diálogo con Borges*). O referirse así respecto a la penumbra: *Fluye por un manso declive que se parece a la eternidad.* (*Elogio de la sombra, 1969*).

En el poema *Al espejo (El oro de los tigres, 1972)* dice: *Eres el otro yo del que habla el griego/ y acechas desde siempre. En la tersura/ del agua interna o del cristal que dura/ me buscan y es difícil estar ciego.*

Borges no pretende descifrar el secreto del espejo. Tal

vez acentúa su misterio para extenderlo en sus infinitas posibilidades. Pero lo toma como motivo para afirmar algo que revela un sentido que trasciende a toda su vida: *es difícil estar ciego.* Y esta afirmación hay que relacionarla con la expresión aforística contenida en *Posesión del ayer, de Los conjurados. Sólo es nuestro lo que perdimos.*

Ha perdido la visión. Pero la visión en sí misma es suya. Precisamente, por haberla perdido, se hace incontrovertiblemente suya. No se trata de perfilar —por vía de juegos conceptuales— la visión de la no visión. Porque en Jorge Luis Borges la ceguera física se constituyó en una nueva fecundidad, continuadora de la fecundidad anterior. Su imaginación fue tan intensa que también pudo ver a través del secreto sugerente de cada palabra. O descubrió que las sombras tienen otro tiempo.

